

---

## CAPÍTULO VIII.

Partida de Caripe. — Montaña y bosque de Santa Maria. —  
Mision de Captuaro. — Puerto de Cariaco.

---

Los dias que estuvimos en el convento de Caripe se nos pasaron rápidamente, sin embargo de que nuestra vida esa simple y uniforme: desde el amanecer hasta el anochecer recorriamos la selva y las montañas vecinas para recojer plantas, de que jamas habiamos hecho tanta cosecha; cuando las lluvias de la invernada nos impedian hacer correrías largas, visitabamos las cabañas de los Índios, el conuco del comun ó aquellas asambleas en que los alcaldes Índios distribuyen todas las tardes los trabajos para el dia siguiente. Despues de haber pasado casi todo el dia en el campo, nos ocupabamos en la tarde, entrando al convento, en formar notas, secar nuestras plantas y en dibujar las que nos pare-

cian formar en nuevo género; los frailes nos dejaban gozar de nuestra plena libertad, y nosotros recordamos con la mayor satisfaccion aquella morada tan agradable como útil para nuestras operaciones. Por desgracia, el cielo vaporoso de un valle, cuyos bosques despiden al aire una prodigiosa cantidad de agua, era poco favorable á las observaciones astronómicas: yo pasaba una parte de las noches esperando un momento en que los nublados me permitiesen ver alguna estrella á su paso por el meridiano: algunas veces tiritaba de frio aunque el termómetro no bajaba de 16° que es la temperatura de nuestros climas en el mes de septiembre.

El disgusto de ver desaparecer las estrellas entre las nieblas, es el único que hemos conocido en Caripe; el aspecto de este valle, tiene al mismo tiempo un aire de salvaje y pacífico, de lúgubre y de encantador, y en medio de una naturaleza tan poderosa solo se experimentan sentimientos de paz y de reposo. Las bellezas naturales de aquellas montañas nos ocupaban tan vivamente que no nos apercibiamos del embargo que causabamos á los buenos religiosos que nos daban

la hospitalidad: como no habian podido hacer sino una débil provision de pan blanco y de vino, y que uno y otro en aquellas regiones es considerado como perteneciente al lujo de la mesa, advertimos con mucha pena que nuestros huéspedes se privaban de ello. Nuestra racion habia disminuido de tres cuartas, y sin embargo las lluvias terribles nos hicieron diferir todavía nuestra marcha por dos dias. ¡Cuan largo nos pareció este retardo! Cuan sensible nos era el sonido de la campana de refectorio! Sentiamos vivamente por los procederes delicados de los misioneros cuan diferente era nuestra posicion, de la de aquellos viageros que se quejan de haber sido despojados de sus provisiones en los conventos de recoletos del alto Egipto.

Al fin partimos el 22 de septiembre, seguidos de cuatro mulas cargadas de instrumentos y de plantas; tuvimos que bajar la falda nordeste de los Alpes calcáreos de la Nueva-Andalucía, llamados la cadena del Bergantin y del Cocollar. La altura media de esta cadena no excede de seis á setecientas toesas, por lo que, y por su constitucion geológica se la puede comparar á

la cadena del Jura. Saliendo del valle de Caripe, atravesamos una ringlera de colinas situadas al nordeste del convento; condújonos el camino siempre cuesta arriba por una vasta sávana, hasta la mesa del *Guardia de San Agustin*, donde hicimos alto para esperar al indio que llevaba el barómetro, y nos hallamos á 553 toesas de elevacion absoluta un poco mas alto que el fondo de la cueva del guácharo: las sávanas ó praderías naturales, que ofrecen excelentes pastos á las vacas del convento, estan enteramente desprovistas de árboles y de arbustos.

Llegados á la mesa del Guardia, nos hallamos en el fondo de un antiguo lago, nivelado por la mansion prolongada de las aguas; se cree reconocer las sinuosidades de las antiguas orillas, de las lenguas de tierra que se adelantan y de las rocas escarpadas que se elevan en forma de islotes; este mismo estado está indicado por la distribucion de los vegetales; el fondo de la hondura es una savana, mientras que los bordes estan cubiertos de árboles. Probablemente es esta el valle mas elevado de las provincias de Cumaná y de Venezuela, y es lástima que disfrutándose

en él de un clima tan templano, y que seria sin duda tan propio para el cultivo del trigo, esté enteramente despoblado.

Desde la mesa del Guardia se baja continuamente hasta el lugar de indios de Santa Cruz: se pasa par una cuesta en extremo rápida llamada la bajada *del purgatorio*, desde donde se descubre hácia la izquierda la gran pirámide del Guácharo. El aspecto de este pico calcáreo es muy pintoresco, pero se le pierde luego de vista, entrando en el espeso bosque conocido bajo el nombre de la montaña de Santa Maria. Se descende durante siete horas sin cesar, y es difícil formarse una idea de tan espantosa bajada; es un verdadero camino de escalones, una especie de derrumbadero en el cual, durante el tiempo de lluvias, se precipitan de roca en roca los impetuosos torrentes. Los criollos se fian mucho en la destreza y feliz instinto de las mulas, y se mantienen en la silla en tan peligrosa bajada.

La selva es la mas espesa que hemos visto, y los árboles de una prodigiosa altura, bajo cuyo ramage espeso y de un verde obscuro,

reina constantemente una media obscuridad de que no ofrecen ejemplo nuestros bosques de pinos y encinas; al olor aromático que despiden las flores y los frutos, se mezcla la que nosotros sentimos en otoño en los tiempos lloviosos. Nuestros guias nos señalaban entre los árboles majestuosos, cuya altura excede de 120 á 130 pies, el Curucay de Terecen, que da una resina blanquinosa líquida y muy olorosa; la cual fué empleada en otro tiempo por los Índios cumana-gotes y tagires para incensar á sus idolos: las ramas tiernas tienen un gusto agradable aunque un poco astringente. Despues del Curucay y de los enormes troncos de Himenea, cuyo diametro es mas de 9 á 10 pies, los vegetales que mas llamaban nuestra atencion eran la sangre de Dragon (*croton sanguiflum*), cuyo suco pardo purpurado se escurre sobre una corteza blanquinosa, el helecho Calaguala diferente del Perú, aunque casi tan saludable<sup>1</sup>, y las palmeras Ma-

<sup>1</sup> El calaguala de Caripe es el *polipodium crassifolium*; el de Perú, cuyo uso han estendido los sucesores Ruiz y

canilla, Corozo y Praga<sup>1</sup>: esta última ofrece una col palmista que habíamos comido varias veces en el convento de Caripe. Con estas palmeras, contrastaban agradablemente los helechos en árbol, de los cuales el *Cyathea speciosa*<sup>2</sup> se eleva á mas de treinta y cinco pies de altura, lo que es prodigioso en plantas de esta familia. Aquí y en el valle de Caripe descubrimos cinco especies nuevas de helechos arborescentes<sup>3</sup>: en

Pavon, procede del *Aspidium coraceum*. En el comercio mezclan las raíces diaforéticas del polip. *crassifolium* y del *acrosticum huascaró* á las raíces del verdadero calaguala ó *aspidium coriaceum*.

<sup>1</sup> Aiphanes Praga.

<sup>2</sup> Es tal vez un hemitelia de Robert Brown: solo su tronco tiene 22 á 24 pies de largo. El número total de estos cryptógamos gigantescos sube hoy hasta 25 especies; el de las palmeras á 80. Con la *cyathea* crecen en la montaña de Santa Maria, *rhexia juniperina*, *chiococca racemosa*, *commelina spicata*.

<sup>3</sup> *Meniscium arborescens*, *aspidium caducum*, *A. rostratum* *cyathea villosa* y *C. speciosa*. Vease el *Nova Genera et Spec. plant.*, t. I, p 35.

tiempo de Linné, no conocian los botánicos mas de cuatro en los dos continentes.

Segun bajabamos la montaña de Santa Maria, veíamos disminuir el número de los helechos y aumentar el de las palmeras y se nos presentaban muchas mariposas. Ninfales de alas grandes; todo nos anunciaba que nos acercabamos á una zona, cuya temperatura media del dia, es de 28 á 30 grados centígrados. Estaba el tiempo cubierto y amenazando uno de aquellos aguaceros, durante los cuales caen 1 á 1, 3 pulgadas de agua en un solo dia; ya los truenos susurraban á lo lejos, las nubes parecian colgadas á las cimas de las altas montañas del Guácharo y el lamentoso ahullido de los Araguatos que habíamos oido en Caripe variás veces al ponerse el sol, anunciaba la proximidad de la tempestad. Por la primera vez tuvimos ocasion de ver de cerca aquellos monos ahulladores, que son de la familia de los *Aluates* y cuyas diferentes especies han confundido los autores por mucho tiempo<sup>1</sup>.

Cuando se examinan las dimensiones de la

<sup>1</sup> Stentor, Geoffroy.

caja huesosa de los Aluates, y el número infinito de monos ahulladores que se anidan en un solo árbol en los bosques de Cumaná y de la Guyana, no parece tan admirable el volumen y fuerza de sus voces reunidas: el Araguato es semejante á un oso jóven; tiene tres pies de largo contando desde lo alto de la cabeza, que es pequeña y muy piramidal, hasta el origen de la cola; su pelage es espeso y de un pardo rojizo, tiene el pecho y el vientre igualmente cubiertos de pelo; su cara de un azul negro está cubierta de una piel fina y arrugada, su barba es bastante larga, y á pesar de la direccion de la línea facial, cuyo ángulo no es mayor de 30°, tiene el Araguato en su mirar y en la expresion de su fisonomia tanta semejanza con el hombre como la Marimonda y el capuchino del Orinoco. Yo he visto Araguatos muy jóvenes criados en las cabañas de los Indios; no juegan como los pequeños Sagonios, y su gravedad ha sido descrita bien simplemente por Lopez de Gozara, al principio del siglo diez y seis. « *El Aranata de los Cumaneses*, dice este autor, *tiene la cara de hombre, la barba de una cabra y el gesto hon-*

*rado.* » Ya he observado en otra parte de esta obra, que cuanto mas se asemejan los monos al hombre, son mas tristes, y su alegría petulante disminuye á medida que sus facultades intelectuales parecen mas desenvueltas.

Despues de algunas horas de marcha bajando continuamente por peñascos esparcidos, nos hallamos inopinadamente en el extremo del bosque de Santa Maria: la vista se extendia sobre las copas de los árboles, que á 800 pies debajo del camino, formaban un tapiz de verdura sombría y uniforme: los claros de la selva parecian vastos embudos en los que reconociamos las palmeras Praga é Yrase, en su forma elegante; mas lo que hace en extremo pintoresco este sitio, es el aspecto de la sierra del Guacharo, cuya falda septentrional que cae hácia el golfo de Cariaco, ofrece una muralla de rocas en un perfil casi vertical, y de una altura mayor de tres mil pies. La sávana que pasamos hasta el lugar de indios de Santa Cruz está formada de varias eminencias planas y sobrepuestas como en escalones; este fenómeno geológico, repetido bajo todos los climas parece indicar una larga man-

sion de las aguas en estanques que se ha ido vaciando de los unos en los otros.

La mision de Santa Cruz está situada en medio de la llanura, donde llegamos á la tarde fatigados y sedientos por no haber encontrado agua en ocho horas. El termómetro se sostenia á 26 grados, bien que no estabamos mas elevados que de 190 toesas sobre el nivel del mar. Pasado Santa Cruz, comienza de nuevo una espesa selva, en la que hallamos bajo las ramas de los Melástomos, un hermoso helecho con hojas de Osmunda<sup>1</sup> que forma un nuevo género del orden de los polipodiáceos. Llegados á la mision de Catuaro, quisimos continuar al este por Santa Rosalia, Casanay, San Josef, Carupano, Rio-Carives y la montaña de Paria; pero nos informáron que las lluvias habian ya puesto los caminos intransitables, y que nos exponiamos á perder las plantas que habiamos recojido, por lo que resolvimos embarcarnos en Cariaco y volver directamente por el golfo, en lugar de pasar entre la isla de la Margarita y el istmo de Araya.

<sup>1</sup> Polybotria. *Nov. Gen.*, t. I.

La mision de Catuaro está situada en el parage mas silvestre que se puede imaginar; todavía rodean la iglesia los árboles de alto ramage, y los tigres vienen por la noche á comerse los pollos y los puercos de los indios. Nos hospedamos en casa del Cura, fraile de la congregacion de la observancia á quien los capuchinos habian confiado la mision por no tener bastantes sacerdotes en su comunidad. Todo era extraordinario en aquella pequeña mision de Cantuaro, hasta la casa del cura; tenia esta dos pisos, por lo que habia sido causa de una viva contestacion entre las autoridades seculares y eclesiásticas: el superior de los capuchinos hallándola demasiado suntuosa para un misionero habia querido obligar á los indios á que la demoliesen; mas el gobernador se habia opuesto con vigor, y su voluntad habia prevalecido contra la de los frailes. Cito estos hechos poco importantes en sí mismos, por que hacen conocer el régimen interior de las misiones, el cual, no siempre es tan apacible como en Europa se supone.

Bien á pesar nuestro, quiso absolutamente el misionero de Catuaro acompañarnos á Cariaco,